

LA POLCA

Fernando Sáez Aldana

Irresistible y arrolladora, incontenible y eufórica, superficial, alegre y optimista: tal es una buena polca. Tal debía de ser el carácter de Rufina Olivares, Zoraida, o la Polca desde que un corredor de comercio de Tarragona, sesentón e inflado de cuartos, exquisito en gustos y maneras y wagneriano irredento, fornicó por vez primera con ella en un burdel del Paralelo, inmediatamente después de asistir a una memorable representación de *El Oro del Rin* en el Gran Teatro del Liceo. Rufina Olivares, en horas de trabajo Zoraida, tenía diecisiete años cuando los treinta supervivientes que todavía quedaban en Castilviejo, provincia de Jaén, decidieron echarle el candado al pueblo y emigrar en el mismo vagón de un tren correo a Santa Coloma de Gramanet. Después de tres días y medio de penosa travesía alcanzaron la tierra prometida llevándose consigo la historia y la memoria cívica y religiosa de la estirpe: el registro municipal, las fes de vida y bautismo y el archivo parroquial. Nueve arrobas en total de amarillentos papelajos apretujados en maletas desvenecijadas y mal cerradas. El arca de la alianza de un pueblo dejado de la mano de Dios y del brazo de los hombres, crónicamente enfermo de renuncia y abandono, agonizante de ausencias y olvidos, apuntillado por la pertinaz sequía y, a la postre, muerto de hambre.

Eres como una polca, Zoraida mía, había bautizado con sus babas a Rufina Olivares el entregado corredor de comercio segundos antes de verterse en el concurren-

do interior de la que, con el tiempo, llegaría a convertirse en su putilla favorita. Lo hizo con la música triunfal de la *Entrada de los Dioses en el Walhalla* como decorado musical de sus fantasías, mientras Rufina Olivares, entre risotadas fingidas, columpiaba su pelvis en el aire frenéticamente, empapada de un sudor pegajoso y con olor a linimento. La muchacha, de belleza nazarí (flaca de carnes, estrecha de ancas, cabello largo, endrino y crespo, piel renegrida y unos ojos que eran olivas negras incrustadas en blanquísima almendra) se empleaba a fondo con los clientes como ninguna otra en el prostíbulo. En la cama se comportaba como si de veras le fuese algo en ello. Impulsaba su vientre con los salvajes vaivenes de una odalisca, resollaba en falso con la desesperación de una corredora de maratón a punto de alcanzar la meta y se retorció como una lagartija bajo el peso de la media docena de cuerpos que cada jornada laboral se restregaban zafiamente contra el suyo. Pero Zoraida, antaño Rufina Olivares y después y para siempre la Polca, fingía y odiaba. Fingía que se entregaba y odiaba a todos sus clientes con el mismo odio que sentía hacia Santa Coloma, el burdel, el Paralelo, Barcelona entera. Los aborrecía a todos, jóvenes o viejos, ricos o pobres, feos o guapos, conocidos o extraños, padre, hermanos... Detestaba tanto a los hombres que soñaba con escapar algún día de aquella puta vida de puta de la mano de alguno de ellos para instalarse en su mundo, exprimirle el jugo como a un limón y, en el momento pre-

ciso, destrozarlo. De ahí su simulado entusiasmo en cada servicio, su empeño en hacer méritos brincando sobre el catre, irresistible y arrolladora, con aliento y nerviosa de piernas, como si bailara una polca. Y al final, invariablemente, les soltaba a los clientes: anda, guapo, llévame contigo, sácame de aquí, quién te lo va a hacer como yo, a que no. Durante días, semanas, meses y años cursó la misma invitación a legiones enteras de corredores de comercio, congresistas, feriantes, marineros, viajantes, políticos regionales, clérigos, profesores de música, militares y artesanos. Algunos reaccionaban con espanto, otros suspirando de resignación y los menos insultándola. Hasta



que picó uno

Se llamaba Román Montenegro y era oriundo de Vinuesa, provincia de Soria. Siendo un niño su padre se pegó un escopetazo en el garganchón después de mandar por delante a su mujer y a un cuñado para que fuesen indicándole el camino del infierno, por causa de un viejo pleito de lindes y pinos. Recogido y criado por un hermano del parricida que era boticario en Soria y tenía buen corazón, Román aprendió el oficio de su tío a la vez que le auxiliaba como mancebo. De manera que cuando marchó a Valladolid para estudiar la carrera de Farmacia ya era un experto en la preparación de los más variados específicos, pócimas y mejunjes, y no había fórmula magistral que se le resistiera, por difícil o caprichosa que fuese la prescripción del médico.

Cuando regresó definitivamente a Soria cargado de matrículas y con el título de licenciado bajo del brazo, Román Montenegro, el empollón de la clase, sabía lo mismo de botica y era igual de virgen que antes de empezar la carrera. Durante los cinco años que duró su licenciatura no conoció más mujeres que la patrona de la pensión, la profesora de botánica y las dos únicas señoritas de su promoción, las cuales llegaron a diplomarse sin catar varón que las catara. Extremadamente tímido y aparentemente imposibilitado para el escaqueo con individuos del sexo opuesto, el licenciado Montenegro sucedió y enterró a su tío sin haber dispensado a ninguna mujer otra

cosa que recetas y con un mostrador de por medio. Pero todo cambió cuando un grupo de antiguos compañeros de la facultad le convencieron para acudir con ellos a la importante feria que la industria farmacéutica celebraba por primavera en Barcelona. Una vez allí los más golfos se lo llevaron de putas al Paralelo, donde Román Montenegro mordió hasta el hilo el anzuelo que una chica llamada Zoraida pero más conocida como la Polca le puso delante de las babas. Después de arrancarle su virginidad tumbándolo desnudo sobre la cama y encargándose luego de todo lo demás vino el ofrecimiento ritual, anda, guapo, llévame contigo, quién te lo va a hacer mejor que yo.

-Nadie, señorita, se lo aseguro a usted.

Y se la llevó a Soria.



La presencia en la pequeña capital castellana de Rufina Olivares, señora de Montenegro, causó el mismo impacto que hubiera producido un desfile de majorettes irrumpiendo en la nave central de la basílica de San Pedro durante la sesión plenaria de un concilio ecuménico. A los dos días de su llegada no había chisme, comadreo o conversación en toda Soria que no versara acerca de su atrevida indumentaria, sus modos descarados, su explosivo maquillaje o su extremado vicio de fumar. Por su parte la flamante esposa del boticario parecía disfrutar tanto escandalizando sorianas como ruborizando sorianos. A ellas las insultaba llamándolas espantapájaros, rancias, brujas, estrechas, beatas y cosas peores cada vez que las sorprendía murmurando en corrillos y voz baja en la carnicería, la Alameda, la peluquería o a la salida de misa. A ellos los escarnecía adivinándoles sus penurias sexuales con aquellos pellejos cada vez que osaba entremeterse en sus tascas en busca de un par de buenos lingotazos de coñac. A pesar de todo, la curtida sociedad soriana terminó aceptando el desorden derivado de su inevitable existencia con la

misma resignación con que soportaban el viento helado que desde las cumbres de Urbión o del Moncayo bajaba cada mañana a abofetear sus rostros durante casi nueve meses al año. Además, recién tomada la posesión del apellido, de la casa y de la hacienda del boticario, Rufina Olivares de Montenegro comenzó a dejarse en las tiendas de la ciudad la totalidad del dinero que entraba en la farmacia y algunas semanas hasta más. En pocos meses se convirtió en la principal cliente de los mejores comercios de ropa, complementos, joyería y perfumería de Soria. Las propietarias de los establecimientos, encantadas con su insaciable cliente, se dedicaron a propagar a los cuatro vientos el inmejorable gusto de la señora de Montenegro. Que por algo había vivido tantos años en Barcelona y que, siendo como era tan exigente y conoedora, no necesitaba salir de Soria para ir siempre impecablemente puesta y permanentemente arreglada, como hacían otras con menos posibilidades y peor clase.

Los buenos amigos del farmacéutico, entre tanto, trataron infructuosamente de abrirle los ojos, con más tacto que crudeza:

-Román, deberías estar menos pendiente de la farmacia y más de tu mujer, mira que sale mucho sola...

En lugar de advertirle:

-Ojo con esa lagarta, Román, que anda guiñando el ojo por los bares y como te descuides te va a dejar sin blanca.

Pero lo único que consiguieron con tanta habladería y tanta maledicencia fue colmar el generoso vaso de su paciencia. El día que dio positiva la prueba del embarazo de la Polca, el boticario les reprochó amargamente su incapacidad para comprender que Rufina no sólo le hacía hombre cada noche sino que, para colmo de su dicha, se disponía a hacerle también padre, y los echó para siempre de la rebotica. De manera que tras nueve meses de incesantes compras, el niño tomó posesión de la mayor y mejor canastilla que jamás se había preparado en la provincia de Soria. Días más tarde fue solemnemente bautizado en la iglesia de Santo Domingo con el mismo nombre que su felicísimo padre. El hijo de Román Montenegro y Rufina Olivares se reveló enseguida como una criatura afecta de una congénita dificultad para vivir, pues comía poco, crecía despacio, no despabilaba y la mayoría de las noches devolvía, tosía o tiritaba.

-Anda, Román, que tú sabes lo que hay que darle.

Y el boticario se levantaba a la hora que fuese para ponerle el termómetro al niño, darle el jarabe o aplicarle la cataplasma. Los primeros años el pequeño lo aceptaba todo como un bendito, pero con el uso de razón cogió la costumbre de obligar a su padre a probar primero todas las pócimas que le ofrecía.

-Toma, pequeño, mira qué bien huele, mejor sabrá...

-Tú primero, papa -contestaba siempre el niño.

Y el boticario, enternecido por su frentecita caliente, sus papitos enrojecidos y sus ojazos de oliva negra incrustada en almendra blanca, se tomaba la cuchara por no comérselo entero a él, pues el asco del jarabe le quitaba las ganas. Luego lo dormía a cuentos y a besos y cuando volvía a la cama y ya el niño no tosía,

Román se sentía como un rey y le decía a su mujer a la oreja, Polca, el niño ya no tose, tranquila. Pero ella, mientras tanto, jadeaba una respiración acelerada por el sueño que siempre soñaba: su paroxístico desvirgamiento, atenazada entre el corpachón de su primo Manuel y el tronco retorcido de un olivo centenario a la sombra de Castilviejo cuando sólo tenía trece años. El primer arrebató amoroso auténtico de su vida, y el último también.

Al cabo de una noche más perdida en el balcón con el niño sentado sobre sus piernas para que alentara el aire fresco mientras le entretenía sorprendiéndole con el nombre de las estrellas, Román Montenegro se despertó pasadas las nueve. Saltó de la cama y bajó a abrir la farmacia ciñéndose apresuradamente el batín por la escalera que comunicaba negocio y vivienda, cuando sorprendió a su mujer algo más que coqueteando con un viajante de ortopedia. Cruelmente herido pero más indignado todavía, el boticario ahuyentó al representante hasta la misma calle y de vuelta a la trastienda suplicó entre sollozos a su esposa que no volviese a hacerle una cosa así nunca más, por el amor de Dios y la salud del niño. Ante la evidencia de que acababa de llegar el momento que algún día tenía que llegar, la Polca estalló entonces en una sarta de insultos y corrosivos reproches hilvanados con ordinarias risotadas. Al fin le vomitó toda la verdad, lo bragazos que era, y lo mandria que, para que se enterara de una vez, se había tirado a la práctica totalidad de los representantes y viajeros que llevaban la parte de Soria, porque con la mierda que él sacaba vendiendo supositorios y bragueros no le llegaba para ir como la señora que era, que estaba harta de él, que ya no lo aguantaba ni un día más y que, en consecuencia, lo abandonaba. De nada sirvieron las humillantes peticiones de perdón que Román tuvo que arrastrar por el suelo para evitar que la madre de su hijo cumpliera su amenaza y les dejara. Aquella misma tarde, Rufina Olivares, la Polca o Zoraida, hizo las maletas

apresuradamente, arramblando cualquier objeto de valor que hallaba en la casa, aun los que jamás le habían pertenecido. A continuación llamó a un taxi y minutos después salía de la pequeña capital de provincia por la carretera de Madrid tan impetuosamente como había entrado siete años antes.

Los días que siguieron a la marcha de su mujer los pasó el desafortunado boticario aguardando inútilmente su regreso con los brazos abiertos. Pero transcurridas ya dos semanas sin noticias no le quedó otro remedio que aceptar con amargura la veracidad de las amenazas con que la Polca le había asaeteado sin piedad aquella fatídica mañana en la rebotica. A excepción de unas pocas, todas las demás señoras de Soria -las que no regentaban joyería, salón de belleza o boutique- engordaron de satisfacción por la espantada de Rufina Olivares. Sólo la compasión que sentían por el "inocente angelito" impedía que la sensación de alivio que se respiraba en cada corrillo callejero, cada tertulia de café o cada salida de misa fuese completa. Con el paso de los días, el pequeño dejó de atormentar a su padre preguntándole dónde estaba su mamá. Dentro de lo malo, Román Montenegro tuvo la suerte de encontrar una mujer viuda, prudente, bondadosa y limpia como una patena, que se ocupó de la casa y que desde el primer día se encariñó con el niño casi tanto como éste con ella.

La vida siguió y parecía que el boticario había superado el golpe dando todo por bueno a cambio de ver cómo el niño -su estímulo, su consuelo y su razón de ser- salía adelante. Hasta que, cierta infausta mañana, recibió el correo de siempre -propaganda de leches casi maternas, catálogos de prótesis y las últimas novedades en milagrosos crecepelos- envenenado con dos fatídicas cartas. Primero abrió la del banco, en la que el director de la sucursal con la que Farmacia y Droguería Montenegro había trabajado toda la vida le advertía de que su cuenta corriente estaba en descubierto en varios

miles de euros, ya que los últimos cheques librados con la firma de su esposa habían sido satisfechos a pesar de no disponer de fondos en consideración a su reconocido prestigio. Por todo ello, se le instaba a presentarse en el banco a la mayor brevedad posible para subsanar voluntariamente las deficiencias aludidas, sin perjuicio de las acciones legales que se emprenderían inmediatamente caso de no hacerlo. Sin embargo, el segundo mazazo, infinitamente más fuerte que el primero, era una citación del Juzgado de Instrucción nº 1 de Soria para que compareciera al día siguiente a una hora determinada. Asunto: reclamación de la custodia de Román Montenegro Olivares por la madre del menor.

Dejando a un lado el descubierto bancario, los cheques, el embargo y la ruina que le amenazaban pero que poco le importaban en comparación, Román Montenegro se horrorizó ante las pretensiones de la Polca. La sola idea de perder al pequeño le partía el corazón, pero inmediatamente le vino a la cabeza la sórdida historia de hijos de prostitutas explotados como niños mendigos en la calle de la capital que había visto en la televisión y se horrorizó imaginando a su pequeño echado por los suelos, sucio, malnutrido y muerto de sueño, arrancándoles monedas a los transeúntes a cambio de una tos infinita y una frentecita ardiendo. Presa del pánico hizo de tripas corazón y telefoneó a uno de sus antiguos amigos para hacerle una angustiada consulta de urgencia en nombre de su vieja y de ningún modo acabada amistad. La primera impresión del abogado, que es siempre la que vale, fue sombría y desesperanzadora.

- Prepárate a sufrir, Román, con la ley que tenemos, la madre tiene todas las de quedarse con él... sí, amigo, incluso una madre como ésta, lo siento, lo siento de veras, y en cuanto a lo del banco...

El boticario no soportó más y colgó sin darle siquiera las gracias, mudo de congoja, sordo de espanto y ciego de rabia. Todo había terminado. Echó la reja a la

farmacia, se echó a la calle, cruzó la ciudad sin devolver un saludo y se apartó en el soto del río como un animal herido de muerte. Durante horas sollozó, imploró y desesperó hasta que el manantial de su desdicha se agotó y emprendió el regreso a casa bajo el helado resplandor del crepúsculo. Aquella misma noche, en cuanto se marchó la criada luego de darle la cena al niño y acostarlo, Román Montenegro bajó a la rebotica con idea de preparar una infusión. Con la mirada perdida y sin saber muy bien por qué lo hacía, como si obedeciera una orden interna más poderosa que su voluntad, puso el agua a calentar y comenzó a destapar uno a uno todos los frascos de hierbas medicinales y aromáticas que encontraba. Cuando el agua alcanzó el grado justo de ebullición arrojó al recipiente una pizca de melisa y de cicuta, otra de manzanilla y dulcamara, otro poco de saúco y de cicuta y de violeta, y mejorana, y una brizna de romero y de cicuta, ajeno, artemisa, y añadió más cicuta y más saúco, y un poquito más de mejorana y de melisa, y de cicuta. Todavía puso algo de borraja e hisopo, un último pellizco de cicuta y, para amargarla, como el frasquito de salvia estaba vacío, el infeliz vertió en él un torrente de lágrimas. Cuando el brebaje estuvo a punto lo coló, llenó un buen vaso, subió al cuarto del niño y lo despertó sin miramiento, tómate esto pequeño, mira qué bien huele, mejor sabrá, le dijo sujetando con mano



temblosa su cabecita de rizos azabachados.

-¿Por qué, papa?, hoy no me pasa nada -respondió entre sueños el niño mientras se incorporaba.

-Sí, hijo, hoy nos pasa a los dos, toma, bebe, anda.

-Tú primero, papa.

-Claro, mi niño, yo primero...

El padre se tragó la mitad del potingue y le dio el resto al pequeño. A duras penas, entre la bruma que ya comenzaba a colarse por la salida del mundo, pudo ver cómo el par de olivillas negras incrustadas en blanquísima almendra se encerraban para siempre en sus cascaritas forradas de tez renegrida. Y entonces, poco antes de perder la conciencia, Román Montenegro creyó escuchar, distorsionados y remotos, los ecos de una polca, irresistible y arrolladora.

EL SUDACA

Hernán Migoya



dos 12 256
COLOMBIA

Se le veía venir de lejos.

Y de hecho procedía de Colombia. Lo habían escogido mis compañeras de piso. Por una razón u otra ninguno de nosotros contaba con el suficiente capital para independizarse y permitirse un piso de soltero, así que habíamos terminado coincidiendo en aquella amplia vivienda del Ensanche barcelonés. Pero para llegar a la cifra exigida por el propietario, necesitábamos encontrar un cuarto inquilino.

Mis dos compañeras se conocían de antes. Lorena era estudiante de Bellas Artes, aunque en realidad tenía vocación de maruja. Su novio, también pintor pero de brocha gorda, subía desde Alcoy (Valencia), fin de semana sí y fin de semana tal vez, a encamarse con ella. Eran los únicos días que se escuchaban retransmisiones futbolísticas en casa.

Nina se dedicaba a la ilustración erótica y el diseño *naïf*. Llevaba muchos años en Barcelona intentando forjarse una carrera, y su afán de autorrealización había provocado la ruptura con su novio, un *punk* extremadamente retrógrado. Los primeros meses que nos conocimos Nina y yo, tanteamos un posible apareamiento, pero descubrimos que nuestra afinidad era más mental que física. Así que nos convertimos en una especie de hermanos con intereses comunes: ella intentaba triunfar en el arte, yo intentaba triunfar.

Las primeras semanas de convivencia con ellas resultaron extremadamente agradables y dóciles. Nunca habíamos pensado que pudiéramos tener tantas cosas

en común. El único motivo de roce lo provocó la decisión de buscar un cuarto inquilino para redondear con mayor margen de respiro el alquiler mensual.

-Lo vamos a seleccionar nosotras.

Adujeron que tenían mayor intuición para dar con el inquilino ideal, así que preferían que yo no tomara cartas en el asunto. Naturalmente, a mí me parecía injusto que, yendo a partes iguales en el mantenimiento del piso, no me permitieran participar en la criba de candidatos. Al final, dejaron que asistiera a las entrevistas, pero en calidad de convidado de piedra, castrada la capacidad de hacer valer mi voz y mi voto.

Se presentaron muchas personas, la mayoría de ellos jóvenes y no tan jóvenes estudiantes, para optar por la cuarta plaza de nuestro hogar colectivo. Ninguna me convenció, pero de entre todas ellas, Jacinto fue el que menos.

Aquella noche el piso presencié nuestra primera discusión.

-¡Pero cómo podéis decir que es un tío perfecto!

-No sé qué es lo que te molesta de él. Es un chico muy educado, habla con mucha corrección, y está lleno de buenos sentimientos. Se le ve muy majo, vamos.

-Sí, es un chico genial. Además, tiene inquietudes culturales. Estudia Filología y escribe en su tiempo libre. Y es muy atractivo.

-No me lo puedo creer. ¿Es que soy el único que se ha dado cuenta de que se trata de un farsante?

Yo ya había conocido muchos tipos así. Casi siempre desembarcaban a puñados desde Buenos Aires ("Son sólo los porteños", se apresuran siempre a asegurar el resto de argentinos, la mayoría con razón; pero me gustaría saber cómo justifican su exportación industrial de locas), pero podían también proceder de cualquier otra capital de Sudamérica y Centroamérica, excepto quizá de Méjico. Los mejicanos eran los únicos hispanoamericanos que no se preocupaban de ocultar su picardía.

Este tipo de individuos que he mencionado basaba su instinto de supervivencia en la seducción de sus interlocutores. Dijeran lo que dijeran, ya fuera algo de trascendencia o una tontería insignificante, lo jabonaban de tal manera que, envuelto en el celofán de su voz y sus miradas de gato amoroso, lograban que cualquiera que estuviera frente a ellos acabara por creerse la única persona de importancia en el mundo entero. De resultas, maestros de la manipulación, terminaban ganándose al menos pintado, hasta obtener de él o ella lo que realmente querían.

Por supuesto, las mujeres españolas, malacostumbradas al trato torpe o indiferente de la mayoría de sus hombres, adoraban aquel tipo de buscavidas. En esos días de incertidumbres políticas y económicas, Barcelona estaba repleta de ejemplares como Jacinto. Sin embargo, jamás cazaban en manada: se reconocían entre ellos fácilmente, y cada uno seguía solitario y hambriento su propio camino.

Yo no tenía ningún problema con esos especímenes, porque sabía que la motivación de su comportamiento era básicamente la pura necesidad de sobrevivir, y creo firmemente que cada persona es libre de buscarse y luchar por su sustento como mejor pueda -de hecho, en España también teníamos nuestros conatos de buscavidas autóctonos, pero francamente, en comparación resultaban unos meros aficionados; la razón es simple: casi ningún español se moría de hambre; la privación y la penuria convierten al más apocado en un taimado nato. Simplemente, intentaba no cruzarme en sus caminos.

Hasta tal punto no tenía ningún problema, que en los días siguientes de convivencia a cuatro bandas -y pese a que Lorena y Nina, asustadas ante mi posible hostilidad, me hicieron prometer que sería amable con él-, Jacinto y yo nos llevamos a la perfección: enseguida nos calamamos el uno al otro y firmamos tácitamente un pacto mental de no agresión.

Jacinto era un hombre guapo. De rasgos mestizos y suaves y voz delicada, sabía cómo ganársete, y de hecho yo mismo, con el paso del tiempo, debí caer bajo su influjo, pues de otra manera no entiendo mi comportamiento de aquellos últimos días.

Efectivamente. Jacinto estudiaba Filología y escribía en su tiempo libre. Y no lo hacía nada mal. Me refiero a la escritura. Sabedor de mi curiosidad, me pasaba algunos de sus relatos, los cuales eran muy superiores, fácil es de adivinar, a mis infructuosos empeños literarios. En esos días el chico intentaba encontrar -o al menos eso decía- un trabajo de media jornada que le permitiera desenvolverse con una mínima comodidad, hasta terminar la carrera y regresar a su patria, donde le aguardaba una novia que al parecer tenía mucha pasta. Más tarde averigüé que era la pasta de su novia la que le había traído aquí y la que le mantendría a flote, pues él no pegaba palo ni brazada alguna al agua.

Los primeros días, Lorena y Nina le adoraban. Yo mismo empecé a apreciarle por su talante cariñoso y aparentemente inofensivo. Se hacía querer, bien es verdad. Aun hoy, pese a todo lo que ocurrió, le sigo guardando afecto. Qué demonios, al menos era un granuja de la vieja escuela: jamás le vi utilizar argumentos sociales o políticos para ganarse la confianza de nadie.

Por supuesto, el panorama de nuestra convivencia cambió en muy poco tiempo. Una tarde, Jacinto me llamó a su habitación, donde me confió que tenía que pedirme un gran favor que sólo yo podía satisfacer: con voz queda, como la de un niño arrepentido, me comunicó que, para poder permanecer en España, tenía que

demostrar que disponía de una cantidad mínima de capital con la que, por supuesto, no contaba en realidad. Por ello, quería saber si yo podía ingresar en su cuenta corriente 600 euros, que él me devolvería no bien hubiera pasado la inspección. Naturalmente, consentí en ingresarle el dinero. No se me ocurrió preguntarme o preguntarle por qué no se lo pedía a su novia rica.

Releyendo lo escrito más arriba, compruebo que, como es habitual en mis narraciones de episodios autobiográficos, he cargado las tintas en exceso: sinceramente, no creo que Jacinto fuera una mala persona, y prueba de ello es que a los pocos días el dinero volvería intacto a mi cuenta.

¿Qué provocó entonces aquel precipitado y amargo desenlace?

Probablemente Lorena y Nina sepan mejor los detalles concretos, pues ellas fueron las que día a día sufrieron el proceso del desencanto: fueron ellas las que pasaron de seducidas a despechadas.

Para ser sincero, creo que lo primero que las impactó fue lo rápido que Jacinto se trajo una chica a casa. Eso solo no hubiera sido motivo de indignación, por supuesto -aunque estoy seguro de que algo las hirió en su amor propio: a las mujeres siempre les escuece comprobar que no son "las únicas". Pero no dejaba de resultar chocante contemplar los sábados por la mañana a nuestro simpar Jacinto entregado a apasionadas conferencias telefónicas con Colombia, durante las que prorrumplía exaltadas declaraciones de amor y añoranza a su novia que le esperaba al otro lado del charco.

Yo me emocionaba escuchando sus sentidos lamentos, y reto a cualquiera que tenga un mínimo de buenas intenciones a no conmovirse con los bien hilvanados y cándidos discursos sentimentales de Jacinto.

Luego, con la renuencia que exhiben los enamorados a culminar las despedidas, colgaba el auricular en silencio y, suspirando, se dirigía disciplinado a su dormitorio, donde le esperaba acostada una dócil alemana. Desde el

salón, volvíamos los demás a escuchar, apenas amortiguado, apenas variado, el mismo discurso de fidelidad y amor eterno.

Yo encontraba la situación francamente divertida, pero al parecer -ahora me doy perfecta cuenta de ello-, mis compañeras no tanto. Naturalmente que me irritaba el doble juego de Jacinto; y mi condición de macho cabrío no podía dejar de sentirse humillada ante su artera utilización de las más sucias mañas donjuanescas -pero esa misma condición era la que me permitía reconocerle el mérito ante la evidencia de sus piezas cobradas simultáneamente-. Además, yo no era el que le había elegido como compañero de piso, así que me cuidaba muy mucho de hacer comentario alguno sobre sus tácticas y proceder. En lo que a Jacinto se refería, yo me lavaba las manos. Al fin y al cabo, su vida no era de mi incumbencia.

Mis compañeras no compartían mi opinión. Para nada.

Pero nunca creí que el asunto llegara a obsesionarlas de tal manera.

Una noche en la que Jacinto estaba de parranda con la alemana, y parece ser que tras muchas reuniones secretas y confabulaciones varias, mis dos compañeras de piso se decidieron a abordarme, acorralándome contra mi escritorio.

-Tienes que hablar con Jacinto.

-¿Qué? ¿Hablar por qué?

-Tienes que decirle que se marche.

-¿Cómo?

-Ya no podemos aguantar más.

Y comenzaron a soltarme el rosario de sus quejas acumuladas de los últimos meses: Jacinto nunca pagaba el alquiler a tiempo -era verdad-, nos pedía dinero prestado que nunca devolvía -era verdad-, mentía continuamente sobre supuestos ingresos de su novia que nunca se materializaban -era verdad; su novia, que como he dicho era quien en realidad le mantenía (de ahí los lamentos

borincanos de Jacinto sobre lo mucho que la extrañaba), ya empezaba a olerse el percal y había dejado de remitirle los benditos giros postales-, se pasaba los días tirado en el sofá con la "guarra de la alemana" (según expresión de ellas, faltaría más) y con varios amigotes de la universidad -era verdad-, las noches las pasaba de juerga vete a saber con qué ganancias o de quién de nosotros -era verdad-, y a la vuelta de madrugada realizaba furtivas conferencias telefónicas a Colombia -verdad de Dios.

Yo mismo me despertaba muchas noches oyendo a Jacinto salir de su habitación y dirigirse a hurtadillas hasta el comedor, para llamar por teléfono a su país, presumiblemente a su familia. Luego todo ello devenía en unas facturas de aúpa, que por supuesto él no tenía dinero para compensar. En la última, sus llamadas a Colombia al detalle contabilizaban un total de 280 euros, que ninguno de nosotros podíamos permitirnos sufragarle.

-Y por si fuera poco no hace nada en la casa: ni limpia, ni barre, ni friega.

-Igual que tú, pero por lo menos tú pagas.

Suspiré. En el fondo todo era, pues, una cuestión monetaria. En cualquier caso, las chicas no dejaban de tener razón, pero no me gustaba verme forzado a un careo directo con Jacinto. Para empezar, yo era el único que no había querido aceptarle como compañero de piso. Ellas le habían metido dentro, ellas tenían que sacarle.

Pero, por supuesto, ellas no estaban dispuestas a hacerlo. Y ahora acudían a mí.

Sin embargo, ésa no era la única razón de mis reparos a enfrentarme a él. Me costaba aceptarlo y sabía que aquella situación no podía seguir así. Pero, llegado el momento de la verdad, me di cuenta de que Jacinto, aun contra mi voluntad, me caía bien.

El chico se me había ganado.

Esa misma noche, le comuniqué que tenía que irse. Las chicas escuchaban disimulando desde la cocina.

Jacinto volvía pletórico de su cita con la alemana y no se esperaba que en retaguardia las cartas se le tornaran de esa manera. Al menos, no tan pronto.

Me hizo frente como pudo. Al principio temí que fuéramos a llegar a las manos, sobre todo cuando tuve que sacar a colación el tema de las llamadas telefónicas a escondidas y de sus mentiras, es decir, los motivos para echarle del piso. Sin embargo, ante la enumeración de sus desmanes, Jacinto reaccionó como yo menos esperaba: se echó a llorar. Y era un llanto sincero.

Sin mucho convencimiento, con maneras de alimaña acorralada, intentó contraatacar, y me dijo que él lo sabía todo de mí, que sabía las cosas que yo ocultaba.

Por un momento tuve miedo de que fuera verdad.

Pero no resultaron más que los últimos espasmódicos coletazos de una presa agonizante. La decisión ya estaba tomada, de todas formas.

Jacinto se metió en su habitación, donde siguió llorando.

Me dieron ganas de entrar en la cocina, coger a Lorena y Nina y abofetearlas.

Pero en vez de eso me encerré en mi cuarto.

